

desiertos por cuyas aguas sólo navegan las sombras de las nubes, la de las inmensas energías baldías de los fragorosos saltos desaprovechados».

Se ha dicho con tono despectivo que *Doña Bárbara* es un folletín. Lo cual no deja de ser del todo cierto, aunque, por otra parte, no le resta importancia. Manuel Puig recreó con sus novelas aquel género tan despreciado, y algunas escritoras latinoamericanas contemporáneas han hecho uso de sus estrategias. Un cineasta rabiosamente moderno como Almodóvar le debe tanto al folletín como a John Cassavetes. En Venezuela, sin embargo, esto no ha ocurrido. Y esto no es un reclamo sino una constatación. Nuestra literatura no ha procurado una buena relectura contemporánea del género, a pesar de contar con un modelo envidiable.

No así la televisión. Con muy buena voluntad, la televisión venezolana aprovechó el peor dramatismo estereotipado de Gallegos para producir algunas de sus novelas y cuentos. El resultado, como era de esperar, fue abominable. Pero de esto no se puede culpar a Gallegos. Sabemos que el cine o la televisión suelen seleccionar buenas historias para hacer malas producciones. Y la tele, que es un negocio, no invierte en historias sin «gancho», o repletas de acción. *Doña Bárbara* y *Canaima* son eso: novelas trepidantes, literatura de aventura. «Nuestro Stevenson», según Fuentes. Fernando Paz Castillo fue más allá y comparó *Doña Bárbara* con *Taras Bulba*, la novela homónima del héroe cosaco escrita por Gogol, y vio en ella la misma «grandeza emotiva» y «el elemento descriptivo de los poemas épicos».

Los venezolanos —como casi todos los latinoamericanos— somos algo provincianos, y como buenos provincianos veneramos lo extranjero. Alguna vez Pessoa escribió sobre esto: «El síndrome provinciano comprende, por lo menos, tres síntomas flagrantes: el entusiasmo y la admiración por los grandes medios y por las grandes ciudades; el entusiasmo y la admiración por el progreso y la modernidad; y, en la esfera mental superior, la incapacidad de ironía». Los venezolanos admiramos con entusiasmo París, Nueva York y Londres, admiramos todo lo que huele a modernidad y vanguardia y tecnología, y en cuanto a la “esfera mental superior”, admiramos la ironía a pesar de no ser un pueblo irónico, pues nuestro humor es más bien burlón y bromista. Y creo que para leer, disfrutar y recrear hoy en día a Gallegos, hace falta ironía. Esa ironía en la que piensa Pessoa: “...no el dicho malicioso, como se cree en los cafés y en las redacciones, sino el decir una cosa

para decir lo contrario. La esencia de la ironía consiste en que no se puede descubrir el segundo sentido del texto por ninguna palabra suya, deduciéndose pese a ello ese segundo sentido del hecho de ser imposible que el texto diga aquello que dice”. Pessoa acude al archiconocido texto de Jonathan Swift donde éste propone comerse a los niños de Irlanda para enfrentar la hambruna del país. Por su parte Gallegos no parece escribir un texto irónico ¿o sí? Pero sí podemos leerlo irónicamente: sin solemnidad ni pompa».

Y es que no podemos caer en el patetismo de aquel embajador venezolano radicado en Estocolmo que se fijó el objetivo de trabajar a favor de la obtención del premio Nobel para Gallegos. La anécdota es de Neruda. Supuestamente el diplomático no escatimó en convites a los académicos suecos, y hasta llegó a publicar, a cuenta de la embajada, sus obras traducidas al español. Estos excesos, propios de nuestra diplomacia tropical, debieron parecer exóticos a los gélidos y reservados académicos del Báltico. Gallegos nunca supo de la gestión de aquel embajador desorbitado cuya misión afectó (las palabras son de Neruda) negativamente la concesión de «un título literario que tanto merecía».

Concluyo estas notas sobre Gallegos volviendo al epígrafe que las encabeza. 1924: un Elías Canetti de apenas diecinueve años queda impactado tras asistir a una conferencia de Karl Kraus. A partir de entonces Kraus ejercerá una «soberanía absoluta» sobre el futuro autor de *Masa y poder*. La admiración incondicional le durará a Canetti cinco largos años. Luego Kraus sería «desalojado y, al cabo de unos cuantos años más, completamente derribado» del pedestal de Canetti. En su formidable ensayo «Karl Kraus, escuela de resistencia», el escritor austriaco de origen búlgaro relata el auge y caída de un modelo fuerte en un escritor de carácter. Con su acostumbrada lucidez, Canetti nos muestra la evolución de lo que podríamos llamar su particular «angustia de la influencia». Luego de explicar con detalle por qué admiró a Kraus y por qué después lo rechazó, Canetti concluye, sin rencores: «A pesar de todo, no fue una dictadura enteramente infructuosa; y como yo mismo me sometí a ella, y al final pude librarme también espontáneamente, no tengo derecho alguno a acusarla. Además, y gracias justamente a que la viví en carne propia, perdí por completo la mala costumbre de acusar a las demás». Y concluye: «es beneficioso someterse a un modelo de este tipo en la medida en que secretamente, en una especie de oscuridad servil, nos vayamos entregando al nuestro propio».

Ignoro si una «oscuridad servil» sea el camino. Muy probablemente no. Como tampoco lo es una «oscuridad» orgullosa y destructiva. Gallegos es un modelo fuerte, quizás muy fuerte. Si el siglo XIX tuvo en Andrés Bello la figura más importante de nuestras letras, no cabe duda de que el siglo XX le corresponde a Rómulo Gallegos. Gallegos es nuestra tradición –paradójicamente esta perogrullada es necesaria–. Y una tradición no es una herencia mecánica, ni tiene la forma de un árbol genealógico sin torceduras. La nuestra, por ejemplo, es un linaje diverso con elementos definidos e indefinidos, con claros y sombras. También es un linaje heterodoxo pues frente a sus principales figuras solemos ser insumisos. Se trata de una tradición marcada por cierta tendencia a la rebeldía, al rechazo, a la insolencia. Y esto nos otorga juventud. Una porfiada y obstinada juventud.



Niños indios en el mercado de Otavalo